

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:

El hombre de Laramie (The man from Laramie; Anthony Mann, 1955)

Autor/es:

Rodríguez, Hilario J.

Citar como:

Rodríguez, HJ. (2006). El hombre de Laramie (The man from Laramie; Anthony Mann, 1955). Nosferatu. Revista de cine. (53):160-161.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41490>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com



El hombre de Laramie

(The Man from Laramie; Anthony Mann, 1955)

Hilario J. Rodríguez

Los cinco *westerns* que Anthony Mann realizó con James Stewart no sólo son representativos del nuevo tipo de cine que estaba comenzando a realizarse en Estados Unidos en los años cincuenta, mucho más tenso, objetivo y crítico; sino también de los cambios interpretativos que hubo durante esa misma

época, relacionados con la necesidad de representar de forma directa en lugar de idealizar. Mientras muchos actores clásicos, como John Wayne o Randolph Scott, mantuvieron sus registros de antaño, resultando siempre más icónicos que dramáticos, James Stewart, por el contrario, fue uno de los pocos que supo evolucionar, explotando sus recursos ges-

tuales y acentuando su expresividad declamativa, sobre todo a partir de sus colaboraciones con Anthony Mann. Uno siempre le recuerda a punto de explotar en **Horizontes lejanos** (*Bend of the River*, 1952) o en **Colorado Jim** (*The Naked Spur*, 1953). No se trata de un simple forastero obligado a enfrentarse con una banda de hostiles lugareños ni una encarnación de la justicia; es un hombre torturado, cuya sed de venganza y cuyo rencor le hacen estar en permanente conflicto consigo mismo, retorciéndose, más allá del bien y del mal. Cuando se ve ante ciertas personas, lleva instantáneamente las manos a su cartuchera; en pleno bosque suele pararse de pronto, después de haber detectado alguna señal de peligro; su odio le ayuda a sortear cualquier obstáculo; nada ni nadie pueden interponerse entre él y su objetivo; en el fondo de su alma, laten sentimientos muy confusos, a menudo racistas o misóginos, también homicidas... Es un personaje bastante incómodo para cualquier espectador, porque no representa los valores de los vaqueros tal como los había presentado el cine hasta ese momento, y su presencia tampoco resulta armónica en medio del paisaje, que cambia de tamaño y pierde la proporcionalidad de sus elementos en cuanto aparece.

Puede decirse que Anthony Mann utilizó las interpretaciones de James Stewart para ampliar los límites del refinado expresionismo de sus *thrillers* de los años cuarenta y de sus *westerns* en blanco y negro, en busca de conceptos visuales más salvajes, en consonancia con el histerismo dramático de los diálogos de Borden Chase o Philip Yordan y con el propio ambiente que había dejado la caza de brujas en Hollywood. En ese sentido, los personajes principales de **Winchester 73** (*Winchester 73*, 1950), **Tierras lejanas** (*The Far Country*, 1955) o **El hombre de Laramie** (*The Man from Laramie*, 1955) contienen la densidad psicológica de cualquier gran personaje literario. Bastantes veces se ha hablado de *Edipo rey* o de las tragedias de William Shakespeare para referirse a los *westerns* de Anthony Mann, una apreciación que ayuda a poner de manifiesto que se trataba de uno de los cineastas más cultivados del periodo clásico estadounidense. Por eso su estilo nunca da la sensación de ser demasiado pretencioso, como le sucede a Fred Zinnemann en **Solo ante el peligro** (*High Noon*, 1952), a Elia Kazan en **Viva Zapata** (*Viva Zapata!*, 1952), a George Stevens en **Raíces profundas** (*Shane*, 1953) o a Edward Dmytryk en **Lanza rota** (*Broken Lance*, 1954). Los filmes de Anthony Mann tienen resonancia no por su espectacularidad, sino por su densidad, por el peso dramático de sus elementos. Sus héroes y villanos no son simples arquetipos en contraste con un escenario grandioso, más bien parecen cuerpos desplazados hacia un entorno que les resulta hostil o, cuando poco, misterioso, como les sucedería a los persona-

jes de la obra de Michelangelo Antonioni a partir de los años sesenta.

El hombre de Laramie contiene algunas de las imágenes más salvajes de la historia del cine, quizás porque sus personajes mantienen las relaciones más crispadas y perversas que puedan imaginarse. Will Lockhart (James Stewart) arrastra en su interior el cadáver de su hermano, a quien mataron los indios en una emboscada por culpa de los fusiles que antes les había vendido un blanco; Dave Waggoman (Alex Nicol) siempre intenta demostrar su hombría ante su padre (Donald Crisp), un terrateniente ciego que confía más en Vic Hansbro (Arthur Kennedy), a quien adoptó siendo niño pero a quien no puede querer tanto como a su verdadero primogénito... Todos ellos se arrastran, se disparan, se traicionan y se insultan en un territorio irreal, gracias al formato panorámico, que le da proporciones míticas a la historia. Como sucede en otros *westerns* de Anthony Mann, el enfrentamiento final tiene lugar al lado de un precipicio, donde se disuelven el argumento, los personajes y también el espacio abstracto donde había sucedido todo hasta entonces. Al desaparecer el pasado, desaparece también lo demás.

Viendo ahora mismo a los subsaharianos que intentan cruzar desesperadamente las fronteras españolas, arriesgándose a morir o a ser deportados, uno puede entender hasta qué punto la vida en la frontera siempre ha estado caracterizada por un cierto grado de nihilismo, por la tensión que conlleva estar en un lado y querer cruzar de repente al otro. Allí da la sensación de que sólo quedan personalidades suspendidas, como las de los personajes interpretados por James Stewart en los *western* de Anthony Mann y algo después por Warren Oates o James Coburn en los de Sam Peckinpah. Para encontrar personajes similares en la literatura estadounidense, es preciso remontarse a novelas decimonónicas como *Moby Dick*, de Herman Melville, u obras más actuales y aun así clásicas como *Meridiano de sangre*, de Cormac McCarthy.

En filmes como **El hombre de Laramie**, los impulsos son más importantes que los sentimientos, el paisaje prevalece por encima de la arquitectura, los sonidos sustituyen a las palabras, la luz difumina los colores, la pintura se impone a la literatura, las imágenes tienen más fuerza que las ideas y se abre la puerta de lo que luego sería el cine moderno. Estamos ante un modelo filmico que, pese a estar ambientado en el pasado, tiene una mayor cercanía con el contexto de desilusión y ansiedad social que caracterizó a los años cincuenta y que sigue prevaleciendo después de tantos años, quizás porque al fin y al cabo los seres humanos no dejamos de estar en permanente conflicto con nosotros mismos.